

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:
Cantamañaneces

Autor/es:
Company, Juan M.

Citar como:
Company, JM. (2000). Cantamañaneces. La madriguera. (28):71-71.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/41876>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



Cantamañaneces

Felicia's Journey

Atom Egoyan

Gran Bretaña/ Canadá, 1999

Un sector de la crítica ha encumbrado hasta límites abusivos a Atom Egoyan como cineasta carismático, ungido por cierta (pos)moderna sensibilidad cinematográfica finisecular. El que suscribe disiente radicalmente de tales rumbos y manejos de parte de sus colegas y quisiera plantear cuatro interrogantes razonables (y razonados) sobre unas excelencias fílmicas que nunca ha conseguido vislumbrar en el realizador:

1. Dueño tiránico y abusivo de las historias que cuenta, Egoyan nunca se plantea la rosselliniana gestión del sentido (vid. *Viaggio in Italia*) de donde partirían las escrituras fílmicas de la modernidad. Antes bien, lo impone (y muy enfáticamente) valiéndose de innobles trampas con los sistemas identificatorios del espectador: el enigmático público de *El liquidador* no está jugando a los barquitos, sino que aplica códigos censores; el supuesto abusador de menores en *Exótica* sólo es un melancólico padre a quien su hija se le murió; Hilditch en *El viaje de Felicia* no ve la tele en un anticuado monitor en blanco y negro sino que contempla, devoto, antiguos videos de los programas culinarios de su mamá...

2. Complicado, que no complejo, Egoyan cuenta lineales folletines, la elementalidad de cuyos mensajes habría hecho sonrojar a la mismísima Barbara Cartland (q.e.p.d.): la búsqueda de la pureza perdida vincula el final de *Exótica* con el de *El viaje de Felicia*. Los convulsos movimientos, hacia adelante y hacia atrás, de sus historias son cual-

quier cosa menos funcionales: la narración podría haberse contado de otra forma y nada habría cambiado en su economía ficcional salvo, claro está, el toquecillo autoral del cineasta, presente, al parecer, en tales meneos.

3. Supuesto cultivador de la ironía, Egoyan es tan irónico como pueda serlo, para entendernos, la enladrillada prosa de Ricardo León o de aquella venerable losa santanderina llamada José María Pereda. Las dos predicadoras que se arrodillan, piadosas, ante Hilditch en un delicado momento de la trama argumental tal vez pretendan caricaturizar cierto integrismo



religioso —¿es ésta la huella de Buñuel en el cineasta, detectada por algún crítico visionario?— a no ser porque sus jaculatorias ("El dolor desaparecerá, la curación empezará") constituyen la muy seria palabra que se transmite, casi como consigna, a Felicia en el final del film. En similar orden de cosas resulta más o menos chusco que Hilditch acumule los diversos modelos de licuadoras recomendados por su madre en los ínclitos programas culinarios televisivos si no fuera porque tal gesto se convierte, acto seguido, en un avatar más del conflicto edípico del personaje —que nunca pasó, al parecer, de la fase oral a la genital— cuya grosera elementalidad resulta hartamente estremecedora.

4. En unas declaraciones a *Positif* (nº 467, enero de 2000), Egoyan dice: "Un personaje que cree poseer la verdad desnaturaliza de hecho el mensaje que pretende lanzar". Dueño absoluto del sentido del film, como antes he dicho, el cineasta podría aplicarse a sí mismo lo que predica sobre los personajes. Felicia va de un padre severo a otro perverso, que cuida a adolescentes desvalidas para luego asesinarlas. Y es ahí donde tal vez resida el punto de inflexión más irritante del cine de Egoyan; la indefinición moral, según la cual un asesino también puede tener su corazoncito y suminis-

trar, vía religiosa interpuesta, la moraleja de la historia antes de autoliquidarse para la tranquilidad del espectador. De qué sirve pues, me pregunto (y pregunto) construir un supuesto discurso antiautoritario si la instancia superyoica se cuela de rondón por donde menos se pensaba. La vuelta a la pureza natural y a las raíces (no es Irlanda, pero sí un jardín donde Felicia planta tulipanes o alguna otra idílica flor) se impone desde una instancia ajena a la voluntad de la desvalida protagonista.

Atom Egoyan: reaccionario cantamañanas posmoderno.

Juan M. Company